

Reseña

Viajar sola: Identidad y experiencia de viaje en autoras hispanoamericanas, de Liliana Chávez Díaz. Edicions de la Universitat de Barcelona, 2020. 232 pp.

Liliana Chávez traza un recorrido por las escrituras de mujeres viajeras latinoamericanas que se desplazan por diversas latitudes en momentos históricos que van de los años 50 a los inicios del siglo XXI. De la mexicana Elena Garro a Susana Chávez-Silverman, escritora latina estadounidense, el libro plantea una serie de propuestas de lectura y de abordaje crítico en torno a la producción escrita que mujeres escritoras e intelectuales han realizado durante sus viajes. Quienes, desde diferentes registros y géneros, han problematizado la doble experiencia del viaje a través de territorios internacionales e íntimos.

La mixtura y riqueza de las textualidades que estudia Chávez dan cuenta de cómo la literatura de viajes ha sido un territorio predominantemente masculino como lo ha sido la actividad misma del viaje, lo cual explica la constitución de ese canon y, por tanto, de la forma en que la experiencia femenina se antoja extraña y poblada de obstáculos. De ahí que la documentación de la investigación que hizo posible este libro requiriera no sólo de la publicación, en ocasiones tardía, de textos memorialísticos, cartas, diarios, sino también de un acucioso trabajo de archivo en distintas instituciones.

En ese sentido, la organización del libro va dando cuenta de las complejidades que impone un corpus que, por inscribirse en los márgenes de un canon dominado por la escritura y la experiencia masculina, posee la libertad de la experimentación en el género de la literatura de viajes. Simultáneamente, la autora observa la manera en que el desplazamiento de mujeres, riesgoso en sí mismo debido a la división social de los roles de género, abre una serie de posibilidades de experiencia en relación con el cuerpo que se desplaza por territorios diversos, la escritura como trabajo de memoria y reflexión a la distancia y, finalmente, el conocimiento que las autoras conquistan sobre sí mismas en el encuentro con la otredad:

El viaje físico, en el que se expone ineludiblemente el cuerpo, es para estas autoras el punto de partida para un viaje más profundo al interior

de sí mismas y, muchas veces, también a la búsqueda de entender a los otros que se encuentran a su paso. (33)

Los tres capítulos que componen el libro se organizan a partir de las memorias de Gioconda Belli, Alma Guillermoprieto y Beatriz Sarlo, así como de las crónicas de Susana Chávez-Silverman, María Moreno y Magali Tercero. El tercer y último capítulo presenta una revisión de archivos de las escritoras, y propone una interesante lectura de cartas, diarios y otros documentos en la que se observan las formas de negociación y pugna entre el oficio literario y las expectativas sociales de vida de las mujeres escritoras. Si bien los primeros capítulos parecen organizarse desde el punto de vista de dos géneros asociados a la literatura de viajes, la autora subraya la hibridez que poseen los textos sobre viajes de escritoras, así como la porosidad entre géneros que va caracterizando a la literatura contemporánea.

Las memorias de los viajes iniciáticos que se analizan en el primer capítulo destacan por su hibridez genérica, la cual da cuenta de las formas diversas en que el recuerdo de la experiencia del viaje, necesariamente múltiple y diversa, se textualiza. Alma Guillermoprieto en *La Habana en un espejo* (2005) rememora aquel viaje de juventud desde un presente crítico en el que puede mirarse a sí misma como una joven inexperta. Simultáneamente, las memorias femeninas de viajes que se sitúan durante las revoluciones socialistas latinoamericanas testimonian tanto una visión subalterna de dichos eventos históricos, como de la vida cotidiana; por tanto, aportan una visión alterna a la de los discursos oficiales o a las perspectivas dominantes. En su interpretación, Lilliana Chávez destaca recurrentemente una lectura desde la vivencia de ser mujer tanto en la incursión de géneros dominados por un canon masculino, como en la conquista del espacio público que supone el viaje de mujeres escritoras, pues “a través de la escritura asimilan la experiencia como un momento de toma de conciencia también de género” (67).

En el capítulo “Crónicas: los viajes peligrosos” señala el déficit de escrituras de mujeres en el género de la crónica en Latinoamérica, el que podría explicarse por el dominio masculino de ese género. Por tal razón en las crónicas femeninas se hallará un carácter más introspectivo en el sentido creativo y profesional, que contrasta con el carácter turístico y con fines de goce propios del cronista de viajes típico. Tal es el caso de Susana Chávez-Silverman, quien deliberadamente cristaliza su identidad fronteriza en “una estilización lúdica y conscientemente barroca” (101) del lenguaje, que conjuga la parodia con el relato del viaje simultáneamente exterior e interior. María Moreno en *Banco a la sombra* (2019) presenta una experiencia de dislocación en la que su observación desde el espacio público de la plaza va conjugando su propia extrañeza respecto a distintos países y el propio, Argentina. A contrapelo del ejercicio didáctico del cronista de viajes, Moreno va presentando desencuentros con el espacio en que transita, con el género mismo y hasta con el lenguaje. Magali Tercero hace una crónica en clave autobiográfica de un viaje de Ciudad de México a Sinaloa, cuna del

narcotráfico, en la que, pese a los intentos por fijar la atención de la narración en la vida cotidiana que pasa por los intersticios de la violencia, “el relato de fondo es un intento fallido por realizar un viaje de placer” (120). Tercero convoca diversas voces de personas a quienes entrevista, al tiempo que entremezcla sus recuerdos y experiencias personales y familiares, estrechamente vinculadas con el fenómeno del narcotráfico en el norte de México. Nuevamente, y como apunta Liliana Chávez, la densidad emocional que imprimen las mujeres viajeras a su escritura complejiza y enriquece el trabajo de la crónica del desplazamiento por territorios extraños y hostiles, pues dota de una dimensión crítica tanto al espacio en que transitan como a su propio ejercicio de memoria y escritura.

En “Archivos. Los viajes perdidos”, tercer y último capítulo, se propone la lectura de archivos personales de las escritoras Alejandra Pizarnik, Elena Garro y Rosario Ferré. La lectura de Liliana Chávez se torna más audaz en el trabajo de archivo, en la proximidad con los papeles personales de las autoras, en la manera en que se aventura a la interpretación de los gestos que encuentra en los diarios, las cartas y los papeles sueltos. Podría pensarse que la experiencia precaria del viaje en Pizarnik hace extraña su presencia en el análisis que emprende Chávez; sin embargo, la propuesta del viaje interior como un elemento constante en las escrituras de mujeres viajeras otorga a los diarios de Pizarnik otra dimensión: “[...] permite configurar un territorio que es a la vez poético y material, en cuanto que pasa emocional o físicamente por el cuerpo” (141).

La búsqueda identitaria como rasgo fundamental y distintivo de las escrituras de viaje de mujeres se emplea en este capítulo como una clave de lectura de los archivos de dos autoras que, con mayor o menor consciencia, dejaron constancia de su relación con el campo cultural y con su propia identidad en continuo devenir. Para ello Chávez emplea la distinción “archivo sucio” y “archivo limpio” para dar cuenta de la relación que las autoras entablan con su propia posteridad en el campo cultural. En el caso de Garro propone “una lectura [...] que tome en cuenta su naturaleza itinerante, incompleta, sucia, confusa y mediada por instituciones y personas ajenas a su voluntad literaria” (153). Si en otras autoras el viaje constituyó una experiencia de reconocimiento identitario, en Garro el desplazamiento es el resultado de una serie de violencias que se tornaron traumáticas; por ello, el ejercicio diarístico funcionó como un refugio y espacio en que su identidad adquiriría la importancia que su vida cotidiana le negaba continuamente.

El seguimiento a los viajes de Rosario Castellanos a través de sus cartas personales da cuenta de transformaciones identitarias de gran profundidad, como la dislocación entre la vida de escritora y mujer independiente que su trabajo como intelectual le otorgaba, en contraste con las condiciones de las mujeres en un país tradicionalista a mediados del siglo XX.

Al analizar el abordaje que las escritoras hacen de la escritura de viaje Liliana Chávez identifica estas subjetividades como nómades, una propuesta innovadora, pues permite introducir lecturas acordes con las circunstancias

de las mujeres que se desplazan en sociedades patriarcales. El descubrimiento de una identidad femenina y feminista en el tránsito por territorios externos e interiores es una de las constantes en las escrituras de mujeres viajeras, quienes van conquistando para sí y para otras el espacio público, al tiempo en que se reconocen a sí mismas en el ejercicio doble de viajar y recordar la experiencia del viaje para darle forma en la escritura.

Rocío Romero Aguirre

rrag@azc.uam.mx

Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco